

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS MERTOLA, CANÓNIGO LECTORAL

Y acabó Dios su obra, y reposó el día
étimo. Y bendijo el día sétimo, y san-
tificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3.)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

EL DÍA DE FIESTA.

La vida es brevó. El hombre nacido de muger, vive poco tiempo, asediado por el dolor y lleno de muchas miserias. Así habla el rey de los sufrimientos. La vida del hombre, dice el profeta coronado, suele durar unos setenta años, y demos que llegue á los ochenta, pero ¿nó es acaso una vida de trabajo y de dolor? Siendo tan breve el tiempo de nuestra vida, ¿nó será justo, razonable y provechoso que lo consagremos al logro de nuestro inmortal destino? Seis días de la semana tenemos á nuestra disposicion para atender á las necesidades de nuestro cuerpo; pero el sétimo es día del Señor, día santo, aceptable, día de salud, de misericordia, de alegría santa y regocijo cristiano. ¡Un día para servir á Dios y atender

á los intereses de nuestra alma y seis para los intereses materiales; para los negocios de la tierra, la mayor parte del tiempo, y para el primero de los negocios, para el negocio supremo de nuestra salud eterna, unos cuantos días del año, elegidos y señalados por Dios y por la Iglesia! ¿Nó es verdad que Dios, para darnos mucho, nos pide bien poco?

Es el tiempo un gran tesoro. Mientras tenemos tiempo, conviene que nos dediquemos á obrar el bien, porque viene la noche y ya no podemos obrar, porque viene la muerte, y ya no hay para sus víctimas ni días, ni semanas, ni años, ni horas ni momentos; cesó el tiempo y comienza la eternidad. La segur de la muerte derribó el árbol de nuestra vida, y donde cae el árbol, dice la Santa Escritura, ora caiga hacia el Austro, ora hacia el Aquilon, allí es-

tará eternamente. Somos viajeros del tiempo, y que tomemos el camino recto ó vayamos por descaminos, á la derecha ó á la izquierda, el término de nuestro viaje será la eternidad. El drama de nuestra vida tendrá su desenlace en la hora de la muerte, y que nosotros lo creamos ó dejemos de creerlo, la verdad no se muda; el desenlace no puede ser otro que la eternidad; eterna dicha para los que atesoran en el tiempo virtudes y buenas obras; desventura eterna para los que pasaron la vida en la osioidad y consumieron el tiempo en pecados y en obras de pecado. Para no tener que temblar en la última hora, conviene que nos afirmemos resueltamente en la bandera de la virtud. Santifiquemos el domingo y demás días festivos que simbolizan el reposo eterno al cual aspiramos. Sembrando en el tiempo buenas obras cosecharemos recompensas en la eternidad. Notendremos parte en la eterna fiesta del cielo sino guardamos fielmente las fiestas de la tierra. Aunque consagremos al culto religioso todos los días festivos, aunque demos á Dios todas las horas de esos días sagrados mientras dure nuestra vida será bien poco lo que hacemos en comparacion de la gloria debida á la infinita Majestad y de las grandes recompensas que nos están prometidas. Para que veamos cuán pocos derechos tiene delante de Dios

un hombre de una conducta ordinaria, conviene fijar la atencion en esta pequeña cuenta que hacía el Arzobispo de Cambrai, el piadoso y dulcísimo Fenelon:

La vida media del hombre es de 35 años, lo que hace 12,775 días. Si el hombre ora un cuarto de hora por día, habrá dado á Dios 135 días solamente. Habrá visto 1825 domingos, de los cuales dedicando dos horas al sevicio de Dios, habrá empleado 150 días para su alma. Añadamos ahora los 135 días y tendremos 185 días dados á Dios de los 35 años de su vida. Y si de aquí quitamos los siete años de la infancia, resulta una quinta parte de la vida. De modo que el cristiano que ora por la mañana y la noche y santifica el Domingo, no habrá consagrado á Dios sino apenas 200 días, Comparemos estos con la eternidad y un pensamiento se apoderará de nuestro corazon. Dios exige bien poco, y muy ciegos serán y muy ruines los que le regateen todavía lo poco que les pide para hacerlos felices en el tiempo y en la eternidad.

Z. M.

LA ORACION REPARADORA.

No hay nada tan poderoso en el mundo como un hombre que reza. Esta palabra de San Juan Crisóstomo, el Papa Leon XIII la ha tomado, hace

pocas semanas, como base de la *Enciclica*, recomendandonos la devoción del *Santo Rosario*, durante el mes de Octubre.

Pero dada la situación del mundo, parece que no eran todavía bastante estas súplicas públicamente hechas, durante todo el actual mes, á la Santísima Virgen, *auxilio de los cristianos*. Hoy, es á otra oración permanente á la que se nos convida á los católicos de todas las naciones, por medio de la *Invitación sagrada (Invito sacro)* del Cardenal-Vicario, S. E. R. Raphael Monaco de La Valetta.

Este notable documento, se agrega á la última *Enciclica* de Leon XIII para advertir al pueblo cristiano, los socorros inagotables que encontrará en la oración. Humanamente, todo se ha experimentado, todo deseado, todo esperado, y ¿qué queda? En este desorden general, el Papa, por la pluma del Cardenal-Vicario, dice á todas las naciones cristianas; *Resta la oración*.

Pero esta oración, para ser eficaz, debe ser continua; y para ser continua, debe estar organizada. Es por eso que se propone á los fieles del mundo entero la adhesión á una piadosa asociación que se acaba de establecer en Roma, con el objeto de unir todos los días, como en un inmenso haz, todas las oraciones de todas las naciones católicas.

Después de recordarse que la ora-

ción de las *cuarenta horas* se hace en Roma sin interrupción, desde hace tres siglos, el Cardenal Monaco de La Valetta indica los medios propios para hacer participe al mundo entero de las gracias, de que hasta aquí, gozaban los piadosos habitantes de Roma, que frecuentan las iglesias consagradas á este culto.

A este efecto, el Soberano Pontífice ha dispuesto que cada una de las naciones católicas tendrá en cada semana un día especialmente designado para los fieles de esta nación que quieran, desde lejos, unirse á las oraciones hechas en Roma en las Iglesias de las *cuarenta horas*, con el objeto de obtener los mismos saludables favores.

El día que se designa á nuestra España es el *sábado*.

Desde hoy en adelante, en este día, todos los españoles que tienen la piadosa costumbre de ir á hacer una visita al Santísimo Sacramento y los que la adquieran, están seguros de orar en unión con todos los Españoles residentes en Roma; y mediante esta unión aumentar, de conformidad con las promesas divinas y con las disposiciones del Soberano Pontífice, los felices frutos de la oración.

En la situación y en el estado moral de España, ¿quién no se sentirá movido y dispuesto á responder á este llamamiento del Soberano Pontífice?

Cuanto mayores desfallecimientos humanos veamos, más confianza debemos tener en el arma poderosa de la oración ferviente, á la cual desea el Soberano Pontífice que recurramos todos los católicos.

* * *

La hora designada para la adoración del Santo Sacramento es la del *Angelus*, ó sea al caer la tarde. Y el tiempo que ha de durar esta adoración, se ha fijado en el de media hora.

De suerte que todas las oraciones de los católicos de Inglaterra al Santísimo Sacramento serán en domingo día señalado para ellos, lo mismo que para los católicos de Irlanda, Polonia y Noruega. El lunes es el día destinado para los católicos de Austria, Hungría, Alemania y Grecia. El martes para los de Italia. El miércoles para los de Portugal y América del Norte. El jueves para los de Francia y América del Sur. El viernes para los de Suiza y para los de todos los países de misiones católicas. Y el sábado para los de España, Bélgica y Holanda.

Todos los que se adhieran á esta Asociación piadosa, cuantas veces hagan la adoración al Santísimo Sacramento con las disposiciones necesarias, ganarán las indulgencias marcadas por su Santidad en el Breve pontifical de 6 de Marzo del corriente año.

¡Oh! Como serán agradables á

Dios estas oraciones hechas en común, en todas las naciones, en presencia de la Santísima Eucaristia, para hacer olvidar al Divino Reparador las injurias, que él recibe por nuestros pecados! Las oraciones de los fieles tienen tan gran valor delante de Dios, por la gracia de las promesas divinas las más expresas que, San Juan Crisóstomo, llega hasta afirmar que no hay en la tierra hombre tan poderoso como el que reza. *Nihil potentius homine orante.*

Estas oraciones son tanto más eficaces cuanto que ellas son hechas en común; porque es una palabra infalible la que ha dicho, «Yo os digo que si dos de vosotros os unis en la tierra para pedir algo, os será dado por mi Padre que está en los cielos.» Y Nuestro Señor Jesucristo ha prometido que cuando dos ó tres se reúnan en su nombre, estará en medio de ellos (Math. 18, 19, 20); y como verdadera, real y sustancialmente Jesucristo Nuestro Señor está presente en el Sacramento de la Eucaristia, y es la Hostia viva para glorificar á su divino Padre, para consolar á todos los suyos que están en este mundo, y para interceder en favor de los pecadores por sus méritos infinitos, y sus inagotables misericordias, de ahí que las oraciones delante del Santísimo Sacramento sean las más eficaces. Jesucristo está espuesto en los altares y oculto en los tabernáculos, como en

otras tantas prisiones de amor, como dice San Alfonso Ligorio, para hacerse encontrar por cualquiera que lo busque y hacer arder el corazón de todos los hombres con el fuego de su amor. Las oraciones hechas delante de Jesús Sacramentado y en unión con él, cuando son hechas con el propósito de pedirle su amor y de reparar los menosprecios y los ultrajes que le son hechos diariamente por los hombres, á causa de la indiferencia y de la tibieza de muchos de ellos, estas oraciones corresponden á los deseos y á las intenciones de Jesús y son oídas. Según la máxima de San Bernardo y otros santos doctores, Dios quiere también que todo el bien que él hace, pase por las manos de su Madre, y que del mismo modo que no se llega á Dios Padre más que por su hijo Jesucristo, mediador de justicia, no se acuda al Hijo más que por su Madre, mediadora de gracia, la cual, por su intercesión, nos obtiene los bienes que su hijo nos ha merecido para conferirnoslos abundantemente.

LEON XIII Y EL ROSARIO.

Las circunstancias han conducido al Soberano Pontífice á realizar un acto sin precedente quizás en los anales de la Iglesia. Leon XIII pide oraciones especiales y solemnes á la cristiandad. Há elegido el más con-

sagrado, desde hace mucho tiempo por la piedad, al Santo Rosario, y es esta oración, popular y sublime á la vez, la que él invita á recitar públicamente á los fieles por las necesidades de la Iglesia. El mundocatólico ha comprendido la gravedad de este llamamiento. De todas partes, la voz de los obispos ha respondido á la del Pastor de las almas, y la piedad de los fieles se ha conmovido por una invitación tan extraordinaria. Ciertamente, grandes actos señalarán el reinado de Leon XIII. Después de Pio IX, de santa memoria, á quien Dios había confiado la misión de ser en este siglo el gran afirmador de la verdad y de los principios, Leon XIII será llamado el restaurador de los grandes estudios eclesiásticos, el renovador de la piedad, el pontífice de la paz. De todo lo que él ha hecho, nada es tan grande como este llamamiento supremo á la oración; ningún acto más augusto, más solemne, más digno de su soberano pontificado.

*
* *

Colocado en la cúspide de la cristiandad, el Papa ve el mal profundo del siglo, las necesidades inmensas de la Iglesia. El mundo está en crisis. La Revolución ha echado á la Europa fuera del cristianismo. Las naciones se retiran de la Iglesia: las gentes abandonan la religión. El espíritu de incredulidad y de libertinaje, todo lo invade. El odio á Dios,

prevalece entre los hombres. Como en todas las situaciones graves, no hay otros recursos para la Iglesia más que la oración. Pero esta vez es el mismo Soberano Pontífice quien se dirige al pueblo cristiano, exponiéndole la gravedad de la situación, y quien amonesta á unirse en una inmensa y solemne súplica, á fin de oponer á las intrusiones del mal, una santa liga de oraciones, al desbordamiento de la impiedad, una muralla inespugnable de gracia. Más este paso del Jefe de la Iglesia, este llamamiento enérgico á los corazones de los fieles, debe hacernos comprender á todos que es para un mal extraordinario para el que el Papa reclama un remedio extraordinario.

*
* *

Demasiados cristianos se dejan llevar por la corriente del siglo, sin reflexionar que, arrastran con ella la fé, las buenas costumbres, las prácticas de la vida cristiana. Un mundo nuevo se hace por la ciencia y la política ateas. El Evangelio no es ya la ley de las almas y de los gobiernos. Jesucristo ha enseñado al mundo que él es el camino, la verdad y la vida. El mundo ha perdido esta vía, esta verdad, esta vida. La sociedad moderna va al ateísmo. ¡Qué nueva barbarie se prepara!

*
* *

El Papa ha mirado el porvenir. El

vé el espíritu moderno con su egérrico de errores, de codicias, de vanidades, penetrando en el corazón de los pueblos. Todo conspira á destruir el reino de Jesucristo sobre la tierra. El cristianismo entero, está puesto en peligro. A esta terrible invasión del materialismo y del ateísmo, el Jefe de la Iglesia opone la oración poderosa, la oración que somete las heregías y que gana las batallas de la fé, el Rosario de María. Es la oración de Santo Domingo contra los Albigenses, la oración de San Pio V, contra los Turcos, la oración que salvó la civilización cristiana, en Lepanto. La historia y la fé atestiguan la eficacia. Los anales eclesiásticos refieren las brillantes victorias de la Virgen María contra el infierno. La Madre de Dios ha sido dada á la Iglesia militante como un socorro perpetuo é invencible en todas sus necesidades. Ella es la soberana protectora de la fé, la poderosa mediadora cerca de Dios.

*
* *

Es á María á quien el Vicario de Jesucristo invoca en medio de estas pruebas inmensas que abruma á la Iglesia; es á sus pies donde reúne á todos los cristianos en una súplica unánime.

¡Qué autoridad parecida á la de este Pontífice que convoca el universo católico para la oración! ¡Qué pedir en este supremo recurso á Dios y la Santísima Virgen! ¡En don-

de está el soberano bastante poderoso para hablar así á un pueblo! Y ¿que habilidad es comparable á esta sublime diplomacia que enlaza las almas en una cadena tan dulce y tan eficaz, de oraciones? A la voz de su Jefe, el pueblo cristiano recita en este momento en el mundo entero el Rosario de María. La solemnidad y la unanimidad de estas oraciones conmoverán á Dios. Nuestras oraciones serán atendidas.

No es de la suerte de la Iglesia, es de la salvacion de las almas de lo que se trata.

La iglesia tiene asegurada la inmortalidad; pero las almas parecen en medio del torbellino que las asalta; la fé disminuye; las naciones católicas desaparecen; la gran herejía del siglo se estiende; la Iglesia es atacada, oprimida y perseguida, su Jefe está cautivo. Es preciso, en este momento, al catolicismo batido en brecha en todas partes, un auxilio particular. Dios lo debe á su Iglesia, los cristianos lo obtendrán por María Santísima que nunca ha sido invocada en vano.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

No hace muchos años, nosotros mismos podemos recordarlo, gemia en el lecho de la caridad un hombre enfermo, próximo acaso á la muerte, y obstinado, á pesar de esto, en olvidar á Dios, y aun en blasfemar de su justicia y negar su misericordia.

Nadie podía llegar á su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, ó exponerse á las consecuencias de su impotente cólera. Sus vailentos dolores extraviaban su razon, y no tenia para sufrirlos la santa resignacion del cristiano.

Los médicos habian recetado una bebida calmante; pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente á tomarla, llegando al parasismo del furor cuando venian á ofrecérsela.

Los que le rodeaban se habian alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero si todos le abandonaban, el árgel de la paciencia, la Hermana de la Caridad aún estaba allí.

Con la mirada suplicante y con el ruego en los lábios se acercó al desgraciado, ofreciéndole con mano amorosa aquella pocion salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo.

Sin embargo, ella insistió.

Pero aquel hombre era un impío; estaba desesperado, y arrojó con furor la medicina que se le ofrecia, amenazando de nuevo á la indefensa enfermera.

Por segunda vez la Hermana se aprosimó á aquel lecho, y por segunda vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo el vaso que contenia la medicina traída de nuevo.

Su voz era dulce, sus palabras persuasivas, su mirada llena de union y de piedad.

Tomad, dijo, tomadla en nombre de Dios.

Y acercó su mano para levantar aquella cabeza con un ademan suave y tierno como el de una madre amorosa.

Entonces aquel hombre se incorporó rígido y airado; sus miradas estaban inyectadas, sus dientes crugian apretados con fuerza; y en la explosion de su furor tomó de nuevo el vaso y le arrojó, no lejos

de sí como la vez primera, sino á la casta frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos é inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una heida profunda; pero ni una queja, ni una reconvenccion brotó de sus lábios: solo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus mejillas.

Enjugó lentamente su rostro y permaneció en su puesto, limpiando despues con su pañuelo la frente y la mano del infierno, salpicadas y mojadas tambien, con una solicitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo: una cosa extraña pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

Pasado el primer momento, la Hija de San Vicente hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado le preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os vais?

—Sí, yo creo que ha pasado vuestro enojo, y ahora quizá...

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre, viendo la dulcísima sonrisa que habia acompañado á estas palabras.

—No os resistireis á tomar esa bebida que encierra vuestra salud.

—Y... ¿la traereis otra vez? preguntó con emoción y asombro.

—Y otras mil si fuese preciso.

—Pero ¿esa sangre?...

—Yo daría toda la mia por aliviar vuestro mal,—dijo ella con una voz tan sentida y dulce que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

Entonces, como las puras aguas de un impetuoso torrente, ocultas y

contenidas por una capa de grosera tierra, saltan y se desbordan cuando una mano hábil rompe de un solo golpe su fuerte dique, así el manantial del llanto, estancado en aquella alma por tantos y tantos años brotó en ancho caudal, devolviendole la olvidada fé y la perdida esperanza.

—¡Creo en Dios! gritó al fin aquel hombre en el exceso de su emoción, con voz desentonada y angustiada; ¡creo en Dios, y en los santos; y en los ángeles, porque vos sois uno de ellos! Si, hay un cielo; de allí venís vos, porque en la tierra no sabemos hacer estas cosas, hay una eternidad, porque es preciso que la haya para premiar tanta virtud. ¡Oh! no me dejéis, no me dejéis por Dios, y enseñadme á esperar, ya que me habeis enseñado á creer!

Estas palabras estaban dictadas por un sentimiento real y sincero, porque una hora despues, y cediendo á los deseos del arrepentido pecador, Jesús Sacramentado descendía á su pecho, purificado ya por el arrepentimiento y la contrición.

Lo que no habian podido hacer los más sábios consejos, las más severas exhortaciones, lo consiguió una sola lágrima y una gota de sangre humilde y sola.

Dios quiso coronar la obra llevada á cabo por la caridad, y devolvió la salud al enfermo, que ya le invocaba esperando en su bondad. Hoy vive aun; hoy, en vez de dudar espera; ora en vez de blasfemar, y su miseria es menos penosa y más llevaderos sus dolores, porque la oración y la esperanza son el consuelo mayor.

(De *El Avisador de Badajoz*)